

CONTEXTO SOCIOPOLÍTICO: LA POLÍTICA INTERNA IRANÍ Y EFECTOS EN SU POLÍTICA EXTERIOR

POR FRED HALLIDAY

'Esta gran nación no se someterá a nadie en esta tierra'

Ayatolá Ruhallah Jomeini, líder espiritual iraní 1979-1989

'Nosotros, los revolucionarios islámicos, no somos como Salvador Allende; a nosotros no pueden liquidarnos con una simple bocanada de humo de la CIA'

Ayatolá Alí Khamenei, líder espiritual iraní 1989-

INTRODUCCIÓN: IRÁN Y EL ASIA OCCIDENTAL

Últimamente Irán se ha convertido en uno de los países más discutidos y polémicos del mundo, y está ocupando el lugar que ocupó China en la década de los sesenta o la URSS en la de los cincuenta. Mientras sus propios líderes han enunciado una política exterior combativa y desafiante, los EEUU, con sus aliados más cercanos en Oriente Medio –Israel, Egipto y Arabia Saudí– han llegado a considerar a Irán como la mayor fuente de inestabilidad en la región, un “estado canalla”, un promotor del terrorismo, un componente del ‘Eje del Mal’. En el centro de esta inquietud se encuentra el respaldo de Irán a los grupos radicales de Oriente Medio, particularmente en Irak, Líbano y Palestina, y su programa nuclear. Para analizar esta situación y para comprender el pensamiento de los líderes iraníes, sin embargo, es importante dejar a un lado de estas imágenes

convencionales y estereotipos. Por encima de todo, este análisis tiene que tener en cuenta tres consideraciones que con frecuencia se pasan por alto: primero, Irán es, en virtud de su historia moderna, un país donde el nacionalismo es excepcionalmente fuerte, tanto en su forma secular como religiosa; segundo, la política exterior de Irán es una política determinada, por encima de todo, por la compleja situación regional en que se encuentra, tanto en su flanco oriental (Pakistán, Afganistán, Asia Central) como en su flanco occidental (Irak, Arabia Saudí, Turquía, Líbano, Palestina); finalmente, y lo más importante de todo, la República Islámica de Irán es un régimen que ha salido, hace menos de treinta años, de una gran revolución social y política; una revolución cuyas consecuencias se vieron muy ampliadas por los ocho años de la guerra con Irak que la siguió. Para entender al Irán actual, y para aceptar que los tratos con este país serán, en un futuro inmediato, difíciles y en ocasiones hasta frustrantes, es esencial tener en cuenta estos principios.

En el caso de Irán se ha dado mucha importancia al papel de la ideología, ya fuera religiosa, imperial o revolucionaria. Sin embargo, para la comprensión de las relaciones internacionales de los estados y de los pueblos que dichos estados gobiernan, lo convencional es que los análisis empiecen con lo que se denominan consideraciones de “realismo”: el poder económico y militar de un estado, su ubicación geográfica y las vías de comunicación de que dispone, la coherencia y la capacidad del estado y de sus gobernantes. Dado el desastroso impacto que han tenido el autoengaño, el idealismo mal entendido y la arrogancia demostradas por los estados del siglo XX y, en algunos casos, también durante los primeros años del siglo XXI, parece lógico que este “realismo” haya sido, durante las últimas décadas, la filosofía dominante en las relaciones internacionales. Que esto sea aplicable tanto al pensamiento conservador personificado en la visión del mundo de un Churchill, un De Gaulle o un Nixon, como en la visión más pragmática de un Lenin o un Stalin, dice mucho a favor de la relevancia de este enfoque. El realismo, no obstante, no es una guía suficiente para entender las relaciones internacionales; si lo fuera, habría muy pocos conflictos y guerras. Para entender la política exterior de los estados y las posiciones aparentemente incomprensibles o arriesgadas que adoptan, es igualmente importante tener en cuenta la imagen que se forjan de ellos mismos. Esto no quiere decir que la imagen y la autopercepción por sí solas hayan determinado el resultado de una situación; esto es tanto una función del poder, y de las realidades estratégicas, como de las aspiraciones. Pero son las aspiraciones y las imágenes las

que configuran la política exterior y las tácticas negociadoras de los estados y las que les llevan a veces a la conciliación y a la cooperación, a veces a la confrontación y, en algunas ocasiones, a graves errores de cálculo. Esto vale para el Irán actual y también, por supuesto, para los EEUU del presidente George W. Bush (1).

Los políticos y diplomáticos iraníes, tanto en el régimen del imam Jomeini como en tiempos del Sha, no carecen de autopercepciones y de ideas grandiosas, de sueños de establecer una república islámica universal, por un lado, y de reconstituir el imperio persa del siglo IV antes de Cristo, que abarcaba desde el Asia Central al Norte de África, por otro. Para la mayoría de iraníes, este sentimiento de derecho imperial tiene más que ver con la hegemonía cultural que con cualquier tipo de reclamación territorial. Sin embargo, el resultado es que, cuando discuten los conflictos que les han enfrentado a otros países, a menudo se apresuran a invocar una perspectiva histórica muy amplia: los rusos, nos dicen, llegaron y se fueron al cabo de doscientos años, los británicos y los franceses ejercieron su influencia durante apenas unas décadas, y los norteamericanos durante un período de tiempo todavía más breve. Irán, en cambio, ha sido una fuerza en la región durante casi tres mil años. Más pronto o más tarde, desde el Asia Central hasta el Mediterráneo, volverá a desempeñar este papel. De todos los países de la región, solamente Egipto, India y en cierto modo Turquía son puestos en el mismo plano de igualdad, y por tanto de legitimidad, que Irán. Los demás, ya sean Pakistán, Irak o Israel, se consideran simples vestigios del colonialismo. Más pronto o más tarde, serán barridos o quedarán subordinados en el interior de las estructuras más amplias del poder histórico y estratégico, que son las que, en última instancia, determinan la política de la región. En cuanto a los afganos y a los estados árabes del Golfo, no tienen la significación histórica ni pueden compararse a la milenaria civilización y al destino de Irán.

Irán es, por consiguiente –como lo fueron antes Francia, Rusia y China– un poder imperial con unas aspiraciones y una influencia que reflejan su importancia internacional, y un estado revolucionario dispuesto a

(1) Una parte importante del debate contemporáneo en la teoría de las Relaciones Internacionales se ha centrado en el papel que tienen las ideas, las normas y las percepciones a la hora de conformar las relaciones entre los estados, un enfoque conocido como “constructivismo”. Si bien estoy de acuerdo en que la ideología y la imagen que un estado tiene de sí mismo son factores importantes, y esto vale también para los estados revolucionarios, dudo que tengan el papel autónomo que generalmente les atribuyen los constructivistas. Véase, en este sentido, mi libro *The Middle East in International Relations*. Cambridge: CUP 2005, capítulos 1-2 y 7.

utilizar su poder estatal y su red internacional de partidarios y clientes para promover su ideología y ejercer su influencia. También es un foco de identidad y de lealtad religiosa, en cuanto que máximo y más influyente representante del Islam chií, la rama del Islam que engloba aproximadamente al 10 por ciento del total de la comunidad musulmana (incluida más de la mitad de la población de Irak, y más o menos una quinta parte de las de Kuwait, Líbano y Afganistán) y que, en más de una ocasión, ha ejercido de impulsor del radicalismo social y político. Para entender a Irán y su política exterior, sus relaciones con Irak, Palestina o Afganistán, o la cuestión de las armas nucleares, no podemos olvidar ninguna de estas tres dimensiones: la imperial, la revolucionaria y la religiosa. También es esencial tener en cuenta que, al igual que otros estados revolucionarios, la República Islámica de Irán no ha agotado ni mucho menos su potencial radical: sometida a fuertes tensiones políticas internas, ubicada en una región que, en diferentes sentidos, se encuentra en una situación confusa y caótica, y desde hace mucho tiempo con aspiraciones a ser la potencia dominante en el Asia occidental, la República Islámica, sea cual sea el resultado de las crisis más inmediatas (armas nucleares, Irak, Palestina/Líbano) seguirá siendo durante muchos años una fuerza poderosa e inquietante en la región (2).

ANTECEDENTES HISTÓRICOS: IMPERIO, SUBYUGACIÓN Y REAFIRMACIÓN

En Oriente Medio, como en todo el mundo, salvo quizás con la excepción de Norteamérica, es habitual que los observadores, tanto los de la región como los de fuera de ella, expliquen la política contemporánea y las relaciones internacionales con referencia al pasado y a determinados patrones de determinación histórica, de tipo estratégico, nacional o, más recientemente, 'civilizatorio'. El pasado es importante, por supuesto, como telón de fondo del presente; pero el uso del pasado para explicar la política moderna o contemporánea es a menudo infundado, un recurso a unos estereotipos intemporales, por un lado, o un despliegue instrumental de los fragmentos del pasado que más convenientes pueden resultar para los propósitos de la política contemporánea. La tradición, la herencia histórica, las fracturas culturales, etcétera, explican muy poco —si es que

(2) Sobre el estudio comparativo de la política exterior revolucionaria, véase mi libro *Revolution and World Politics. The Rise and Fall of the Sixth Great Power*, London: Palgrave, 1999.

explican algo— de los estados, conflictos y naciones actuales, a menos que —y sólo en la medida en que— pueda mostrarse que este pasado ha sido relevante en la formación del presente. Las relaciones entre Gran Bretaña y Francia dentro de la Unión Europea no tienen nada que ver con Juana de Arco, del mismo modo que las relaciones entre España y Gran Bretaña tampoco están determinadas, ni tan siquiera significativamente influenciadas, por las rivalidades navales que enfrentaron a Felipe II y a Isabel I (3). Sin embargo, precisamente para esclarecer estos temas y para identificar hasta qué punto el pasado está efectivamente influyendo en el presente, o en qué medida está siendo instrumentalmente invocado, un breve repaso histórico es necesario y conveniente. En el caso iraní esto es especialmente cierto, dada la forma en que se ha atribuido un papel importante, por no decir determinante, a la historia, tanto en la retórica en el interior del país como fuera de él.

Irán es un país con una historia como estado y como civilización de más de tres milenios de antigüedad. Es uno de los solamente cuatro países del mundo —los otros tres son China, Egipto y el Yemen—, que pueden reivindicar una ascendencia tan antigua (4). Mil años antes, o más, de las conquistas islámicas del siglo VII de nuestra era, el Irán aqueménide era un gran Imperio cuyo poder se extendía desde el Asia Central y el Afganistán actuales hasta gran parte del mundo árabe contemporáneo, incluyendo a Turquía y lo que hoy son Egipto y Libia; también fue un imperio en conflicto con la gran potencia europea del momento, Grecia. Si bien Irán fue el rival militar más importante de Grecia, hecho del que dejan constancia las batallas de Maratón y las Termópilas y las historias de Heródoto, también mantuvo una importante relación comercial y cultural con la Grecia clásica. Aquí, como en otras confrontaciones parecidas que tuvieron lugar más tarde, el ‘Otro’ no era simplemente un antagonista, sino también una fuente de inspiración y enriquecimiento.

Esta época imperial, que está registrada en los restos arqueológicos del Irán meridional, se vio interrumpida por la primera de las tres grandes conquistas que iban a dar forma a Irán como país: la de Alejandro Magno

(3) Esta es la falacia subyacente a los argumentos asociados con Samuel Huntington y su ‘conflicto de civilizaciones’ [The Clash of Civilisations and the Remaking of World Order, New York: Simon & Schuster, 1996. Trad. cast. El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial. Ed. Paidós Ibérica, 2005]. También pueden encontrarse inferencias históricas semejantes en muchas de las discusiones relativas al papel de ‘al Andalus’ en la retórica islamista contemporánea.

(4) Para una perspectiva general de la historia iraní, véase AVERY, PETER, “Modern Iran”, London: Benn, 1963.

del año 323 antes de C., la de los ejércitos árabes que introdujeron el Islam a mediados del siglo VII de nuestra era, y la de los mongoles que invadieron Irán, igual que invadieron Bagdad y que destruyeron el Imperio Abasí a mediados del siglo XIII. Mientras los regímenes imperiales, particularmente el Imperio Sasánida, resurgían con la disolución del mundo helenístico, Irán estuvo durante buena parte de dicho período bajo dominio extranjero; si bien, gracias a su cultura, a su idioma, a sus recursos militares y a su cocina, contribuyó a configurar y en cierto modo llegó a dominar a aquellos que nominalmente le dominaban: el Imperio Abasí, el segundo de los grandes imperios islámicos (750-1258) fue en un grado considerable política y culturalmente persa, y durante este período la cultura y la lengua árabes, y aún más las del imperio turco otomano, que llegarían a dominar el tercero de los imperios musulmanes, estuvieron fuertemente influidas por los persas. Esta influencia se reprodujo también en el flanco oriental: los kanatos y emiratos del Asia Central, el imperio Mogol de la India, y Afganistán, el estado-tampón creado en una época relativamente reciente (1747) fueron, en sus más altas manifestaciones culturales, persas.

El estado iraní resurgió durante el siglo XVI, con el establecimiento de la dinastía safawí. Sería este régimen el que, más que ninguna de las herencias de tiempos anteriores, iba a configurar el Irán moderno como estado, sociedad y potencia regional. Si bien muchos persas ya eran chiíes antes del siglo XVI, fueron los safawíes quienes convirtieron el chiísmo en la religión oficial del Irán, a diferencia del Imperio Otomano, a su oeste, que era suní. Los safawíes erigieron la capital imperial en Isfahan, reconstituyeron el poder del estado sobre territorio iraní y procedieron a reafirmar el papel de Irán como potencia regional conquistando partes de Afganistán y la Península Arábiga, y disputando a los otomanos lo que en la actualidad es territorio iraquí. El poder safawí llegó a su apogeo durante los siglos XVI y XVII, y fue entonces cuando, mediante las relaciones comerciales y los vínculos culturales con Rusia, Alemania e Inglaterra, y mediante los conflictos con las potencias europeas, portuguesas y holandesas, que se habían introducido en el Golfo, Irán entró en contacto con el ascendente poder occidental. (5)

Durante el siglo XVIII, el poder militar iraní inició su última fase de gloria: gran parte del lado árabe del Golfo fue ocupado, y los ejércitos de

(5) Sobre el desarrollo del poder clerical en Irán, véase MOTTAHEDEH, ROY; "The Mantle of the Prophet", London: Chatto & Windus, 1985.

Nadir Shah llegaron hasta Delhi, la capital mogol, en 1736. Pero este momento final de poder imperial fue de corta duración, y muy poco después Irán estaba a la defensiva ante el avance de las dos grandes potencias que entonces se estaban imponiendo en el flanco occidental asiático, los rusos al norte y los británicos en la India, al sur y al este. En 1747 se creó Afganistán como un estado-tampón entre los cuatro imperios asiáticos del momento (China, Gran Bretaña, Irán y Rusia), y durante la década de 1790 Rusia expulsó a Irán de las tres regiones transcaucásicas que habían estado en su poder durante siglos: Armenia, Azerbaiyán y Georgia. Los tratados de 1813 y 1828 confirmaron estas pérdidas territoriales, tal como iban a hacer una serie de tratados similares ruso-turcos desde mediados del siglo XVIII. La dinastía de los Qajar, una dinastía turquica entonces emergente, trató de poner freno a aquella oleada de retiradas; pero, durante todo el siglo XIX, igual que los imperios chino y otomano en el mismo período, no pudieron contener ni las invasiones territoriales ni las incursiones comerciales de Occidente. En realidad, y durante casi tres siglos, Irán ha tenido una política exterior no expansionista y, con la excepción que representó la ocupación de tres pequeñas islas pertenecientes a los emiratos árabes en 1971, no ha atacado a ningún otro país desde la década de 1730.

A finales del siglo XIX, Irán pasó por una situación muy difícil, presionada por Gran Bretaña, por un lado, y por Rusia, por el otro. En el interior del país, mezclando los temas seculares y los religiosos, el sentimiento nacionalista iba creciendo. En 1891 tuvo lugar la primera protesta a escala nacional contra la concesión de una licencia a una empresa británica para comercializar tabaco, y en 1906-08 Irán fue el escenario de uno de los episodios de agitación política más importantes de la historia moderna de Oriente Medio, la Revolución Constitucional. Este acontecimiento, que formó parte de una serie más amplia de episodios de agitación política en países semiperiféricos en todo el mundo en vísperas de la Primera Guerra Mundial (Rusia 1905, Turquía 1908, México 1910, China 1911) marcó el comienzo de la historia moderna de Irán. Por un lado, estableció una profunda fisura en el interior de la sociedad iraní entre las fuerzas conservadoras, monárquicas y militares por un lado, y una coalición de comerciantes, rebeldes urbanos, clérigos disidentes y rebeldes tribales, por el otro, que continuaría hasta el estallido de la revolución de 1978-79. Por otro lado, esta revuelta en el interior de Irán provocó la intervención de las dos potencias imperiales exteriores, las cuales, en 1907, y en virtud de un entente que se extendió hacia el este, hasta Afganistán y el Tibet, dividió a

Irán en dos esferas de influencia –una zona rusa en el norte, una zona británica en el sur y en el sudeste– dejando una zona neutral en el centro.

Estos hechos proporcionaron el marco histórico para los dramáticos acontecimientos que iban a producirse ya más entrado el siglo XX: durante la Primera Guerra Mundial, la dinastía Qajar resultó ser demasiado débil para impedir la entrada de las fuerzas británicas, rusas (blancas y bolcheviques) y turcas en el país, y en 1921 un golpe de estado militar llevó al poder a una nueva fuerza, liderada por un oficial del ejército, Reza Khan. Éste, al principio con el apoyo silencioso de los británicos, consolidó un nuevo estado, y en muchos sentidos siguió el ejemplo de la política secular, centralizadora y modernizadora que Atatürk había implantado en la vecina Turquía. Sin embargo, la situación política de Irán era diferente en aspectos muy significativos: Reza Khan carecía de la legitimidad nacionalista que Atatürk se había ganado con la revuelta nacionalista turca de 1920-23 y se enfrentaba a un *establishment* religioso más fuerte que en Turquía. Como resultado de ello, y en un claro contraste con el republicanismismo de Atatürk, se proclamó a sí mismo Sha, o Rey, en 1925 y fundó una nueva dinastía, la de los Pahlavis: nombre de una antigua lengua iraní actualmente muerta. Durante las décadas de 1920 y 1930 trató de modernizar el país y de promover la formación de un estado secular, pero en 1941, yéndosele la mano en su implicación en la rivalidad que enfrentaba a Alemania con Rusia y Gran Bretaña, fue derrocado cuando estas dos últimas potencias ocuparon el país.

Al principio, el hijo del Sha, Muhammad Reza Pahlavi, tuvo problemas para afirmar su autoridad y, en medio de las tensiones económicas y sociales provocadas por la ocupación y por la Segunda Guerra Mundial, tuvo que enfrentarse al doble desafío que representaban las fuerzas nacionalistas seculares y comunistas. Una confrontación con el gobierno nacionalista del Dr. Muhammad Mosadeq en 1951-53 concluyó con el golpe de estado del 19 de agosto de 1953 cuando, con la ayuda encubierta de la CIA y del MI6, Mosadeq fue derrocado y el poder del Sha fue restaurado. La posición del Sha se mantuvo y aparentemente se consolidó: al período de represión en la década de los cincuenta le siguieron una serie de reformas económicas y sociales inspiradas en la Alianza para el Progreso en América Latina –que los norteamericanos le instaron a adoptar en la década de los sesenta–, por la “Revolución Blanca”, y luego por la gran expansión económica de los setenta, alimentada por la subida en los precios del petróleo que el Sha, como principal “halcón” en el seno de la OPEP, promovió en alianza tácita con el coronel Gaddafi de Libia. Sin

embargo, estas rápidas transformaciones económicas y sociales, que incluyeron una migración a gran escala a las ciudades, no fueron acompañadas de ningún cambio político, y en gran medida dieron lugar a graves tensiones ideológicas y sociales dentro de la sociedad. Con los partidos comunista y nacionalista completamente hundidos y sus ideologías desacreditadas por ineficaces, el liderazgo lo asumió una fracción del clero chií, dirigida por el Ayatolá Jomeini. Éste había adquirido notoriedad por vez primera en 1963-64 en una protesta nacionalista contra la concesión de derechos legales extraterritoriales a los funcionarios militares norteamericanos que trabajaban en Irán, y había sido exiliado, primero a Turquía y luego a Irak. Mientras las protestas arreciaban dentro del país durante la segunda mitad de 1978, Jomeini, que por entonces ya se había trasladado a París, se puso a la cabeza de un movimiento que empezó a exigir, no simplemente reformas políticas, sino una “República Islámica”, un objetivo que no se había enunciado anteriormente. Después de cuatro meses de manifestaciones masivas y de una huelga general a escala nacional que resultó muy efectiva y que consiguió paralizar el comercio y la vida económica urbana, el Sha huyó del país en enero de 1979. Jomeini regresó de París el 1º de febrero de 1979, proclamando inmediatamente la República Islámica de Irán (RII).

LEGADOS DEL PASADO: PREDOMINIO REGIONAL, NACIONALISMO BIDIRECCIONAL, CULTURA POLÍTICA PARANOIDE, IDENTIDAD CHIÍ

Sobre este fondo, es posible plantear la cuestión de hasta qué punto el legado histórico, en este caso la historia de Irán hasta la revolución de 1978-79, ha servido para conformar la actitud de la República Islámica y el punto de vista de la opinión pública de Irán respecto de los temas internacionales. No se trata tanto de explicar el comportamiento del Irán contemporáneo en función del pasado histórico, ni de aceptar a pies juntillas la forma en que la República Islámica, sus oponentes monárquicos, o sus vecinos árabes y afganos usan el pasado para explicar este comportamiento. Se trata más bien de identificar estos elementos del pasado iraní que, en las circunstancias contemporáneas, están disponibles para ser utilizados por la RII o por sus oponentes, por razones de movilización, proyección y legitimación. Podemos aducir aquí, de una forma resumida, que hay al menos cuatro elementos que tienen una relevancia particular en este sentido.

Primero, tanto bajo el Sha como bajo la República Islámica, Irán se ha proyectado a sí mismo como una importante potencia regional con voca-

ción hegemónica (6). En tiempos del Sha, especialmente una vez que pudo disponer de las rentas procedentes del aumento de los precios del petróleo, y con ellas de ínfulas de grandeza, a comienzos de los setenta, Irán se postuló como una especie de “segundo Japón”, capaz de crear una región dependiente en gran parte del Asia occidental no árabe. El “Mercado Común Asiático” del Sha fue una versión más suave de la japonesa Gran Esfera de Coprosperidad Asiática. Al mismo tiempo, el Sha intervino de diferentes maneras en los asuntos de los estados vecinos: discreto apoyo a la campaña de contrainsurgencia pakistaní contra los rebeldes del Baluchistán a principios de los setenta, despliegue de miles de soldados en apoyo de la contraguerrilla del Sultán de Omán en la provincia meridional de Dhofar (1973-76) y, lo que tendría unas consecuencias trascendentales para el período post-revolucionario, confrontación y apoyo a las fuerzas de la oposición en el conflicto con Irak que duró desde 1969 a 1975 y que constituyó, de hecho, la “Primera Guerra del Golfo”. La revolución iraní se ha reapropiado y ha continuado varios temas que el régimen del Sha utilizó para proyectar su poder: retención de las tres islas de los Emiratos Árabes Unidos (Abu Musa, Tunb Mayor y Tunb Menor) ocupadas por el Sha en noviembre de 1971; formación de alianzas con países asiáticos no árabes (India, China); insistencia en que se usase la expresión “Golfo Pérsico” en vez de las alternativas “el Golfo” o “el Golfo Árabe”; oposición a la presencia de fuerzas militares occidentales en el Golfo. De un modo algo sorprendente, ni en tiempos del Sha ni con la actual República Islámica, ha suscitado Irán uno de los principales componentes de todo nacionalismo históricamente nostálgico como la reivindicación de territorios perdidos. Casi en la misma medida que su vecino, Turquía, Irán acepta, casi en su totalidad, la pérdida de territorios (“las diecinueve ciudades”) en poder de Rusia a principios del siglo XIX, e incluso la reivindicación de la isla de Bahrein, a la que Irán renunció en 1970 con la mediación de la ONU y que, pese a haber sido resucitada de un modo episódico por algunos políticos durante el período revolucionario, ha sido definitivamente archivada por la República Islámica. Así, pues, si bien en algunos sentidos la República Islámica ha invertido la política exterior del Sha, rompiendo con los EEUU, Israel y Sudáfrica, y exigiendo una transformación radical del Oriente Medio, en otros sentidos se ha mantenido una considerable continuidad.

(6) Respecto a las relaciones externas del Sha, véase CHUBIN, SHAHRAM y ZABIH, SEPEHR, “The Foreign Relations of Iran”, Los Angeles: University of California Press, 1974.

Esta continuidad, por supuesto, también es aplicable a la posición de Irán respecto a las armas nucleares: el Sha empezó el lento desarrollo de un programa nuclear en los setenta, convencido de que el derecho iraní a un estatus de gran potencia regional, la poca fiabilidad de las garantías de seguridad que ofrecía Estados Unidos y el peligro planteado por otros estados aspirantes a convertirse en potencias nucleares, permitiría tarde o temprano que Irán pudiera poseer armas nucleares. Ningún país produce, o mantiene, armas nucleares con propósitos exclusivamente militares: esta posesión se basa en factores militares pero también en elementos que tienen que ver con el prestigio nacional, y también con el sentimiento general de que, en tiempos de crisis, otros estados tomarán buena nota del hecho de que un estado con el que están en conflicto sea una potencia nuclear. En varios sentidos, estas consideraciones se han reforzado, más que debilitado, desde el hundimiento del régimen del Sha en 1979.

En términos ideológicos, el legado más importante del pasado anterior a 1979 por lo que a la política interior y exterior de Irán se refiere, es *la fuerza del nacionalismo iraní*. Esto no es tanto una reliquia del antiguo imperio, ni tan siquiera de la importancia que tuvo Irán durante el período safawí y durante la dinastía de Qajar, como una consecuencia de la historia del país durante los últimos ciento veinte años, desde el Boicot del Tabaco de 1891 y todo lo que siguió; es decir, una explosión de nacionalismo que no fue tanto una respuesta directa al control colonial formal, sino a la presión y a la intervención exterior, a la debilidad doméstica y a las periódicas revueltas populares. Entre los hechos más dramáticos de su historia sobresale la ocupación de Irán por las fuerzas rusas y británicas, sin provocación o legitimación alguna, durante las dos Guerras Mundiales, y el golpe de estado de 1953 en el que el ejército iraní, con el apoyo de los servicios de inteligencia británico y norteamericano, derrocó al primer ministro electo Muhammad Mosadeq. Tres aspectos de este nacionalismo son especialmente relevantes aquí (7). Primero, este nacio-

(7) No existe, que yo sepa, ningún estudio del nacionalismo iraní que integre el registro histórico con la perspicacia y el rigor teóricos del reciente debate sociológico e interdisciplinar sobre el nacionalismo promovido por autores como Anthony Smith, Ernst Gellner y Benedict Anderson. Un buen libro sobre el período de Mosadeq es el de COTTAM, RICHARD, "Nationalism in Iran", Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1964. Como su título implica, no se trata sólo de un estudio sobre el nacionalismo persa o iraní, sino de los nacionalismos mayoritarios, y también de los minoritarios, que surgieron durante la Segunda Guerra Mundial, entre ellos el kurdo y el azerí. Cualquier reexamen contemporáneo de este tema tendrá que tener en cuenta cómo, después de décadas de definir el nacionalismo en términos seculares, a partir de finales de los setenta el nacionalismo se ha reformulado en términos predominantemente religiosos, como resulta evidente en la retórica del propio Jomeini.

nalismo es común a todo el espectro político de Irán; es un nacionalismo compartido por todos los grupos y tendencias de la vida política iraní, desde la izquierda radical secular y los nacionalistas liberales de la línea tradicional de Mosadeq, pasando por los monárquicos del régimen del Sha y por la población actualmente en el exilio en EEUU, hasta –lo cual es lo más relevante aquí– los revolucionarios de la República Islámica. Segundo, éste no es un nacionalismo dirigido contra un enemigo, o un grupo de enemigos, sino un nacionalismo bidireccional: mientras la mayoría de nacionalismos del tercer mundo en los tiempos modernos se han dirigido contra “Occidente”, es decir, contra Gran Bretaña, Francia y, más recientemente, Estados Unidos, y en el caso de los países de la Europa del Este contra Rusia y la Unión Soviética, el nacionalismo de Irán se dirige *tanto contra Occidente como contra el Este*. En este, y también en otros sentidos, el nacionalismo de Irán guarda muchas semejanzas con el de otro país que también tuvo un estatus semicolonial durante el pasado siglo, China. Tercero, al igual que en el caso de los chinos, y de hecho como en el de todas las antiguas potencias imperiales, el nacionalismo iraní manifiesta una solidaridad y simpatía muy escasas, o nulas, por otros pueblos y naciones de su región: lejos de compartir una visión más amplia de la identidad o la causa del Oriente Medio o del Asia Occidental en su oposición a la hegemonía o al imperialismo, sea como sea que esto se interprete, el nacionalismo y la cultura popular iraní manifiestan más bien un fuerte sentimiento de desdén, cuando no de desprecio, por los pueblos y países fronterizos con Irán: árabes, turcos, afganos, pakistaníes. Lo que significa en términos de política exterior, tanto bajo la República Islámica como bajo el Sha, que el nacionalismo iraní no busca una asociación colectiva regional o igualitaria con otros estados, especialmente con los estados árabes, sino más bien ejercer el rol que le dé preeminencia, o lo que en un sentido general podemos considerar “hegemonía” en la región. En otras palabras, la política de potencia regional y de influencia que persigue Irán por razones de estado y por interés estratégico, se ve intensificada por la actitud hacia los estados y pueblos vecinos que manifiestan tanto las élites como la opinión pública iraní.

A estos dos rasgos del pasado iraní, la influencia regional y el nacionalismo bidireccional, hay que añadir, además, un tercer elemento, evidente para cualquier observador, de la política exterior y de la cultura política iraní, a saber, su carácter “paranoide”, y aplicamos este concepto en el sentido neutro en que lo utiliza la ciencia política para denotar una propensión, tanto entre los políticos como entre la opinión pública en gene-

ral, a las teorías que ven a Irán como víctima de una manipulación exterior o, demasiado a menudo, como presa predilecta de conspiraciones organizadas por una colección de británicos, rusos, americanos, israelíes, etcétera (8). Cualquiera que haya trabajado en Irán, o en la política iraní, estará familiarizado con esta manera de ver las cosas: que si “los británicos” están manipulando al gobierno iraní; que si Fulano o Mengano es un agente del imperialismo o que está de algún modo “vinculado” (*vabaste*) a las conspiraciones imperialistas; que si los árabes, y/o los pakistaníes, en el fondo, no son más que agentes de Occidente. Entre estas grotescas, pero también muy familiares, teorías hay muchas relativas a la propia revolución: que si la revolución iraní no fue obra de los propios iraníes, sino que los mullah o ulemas introdujeron en el país a multitud de mercenarios afganos que pretendieron ser el pueblo iraní alzado en rebeldía; que si el Sha fue en cierto modo “traicionado” y abandonado en el último momento por los norteamericanos, que si hubieran querido habrían podido ayudarle; que el propio Jomeini, dadas las cosas terribles que hizo en Irán, debía de ser un agente británico, y que, si se hubiera afeitado la barba, se habría visto lo que llevaba grabado en la mejilla: “Made in England”.

Esta cultura paranoide se trata a menudo como algo exclusivo de Irán, y como el producto de unas estructuras muy profundamente arraigadas en el pasado iraní, y que se remontan probablemente a la visión de un mundo escindido entre el Bien y el Mal, propio de religiones maniqueas como la de Zoroastro o el mazdeísmo, que florecieron en Irán antes de la conquista árabe. Pero tales invocaciones de influencia cultural multiseular no son necesarias y, a lo sumo, son simple especulación. Más relevante es, en cambio, y también desde una perspectiva comparativa, el legado de la experiencia semicolonial de Irán. En países como Irán no ha habido ningún período formal de gobierno claramente colonial, y por tanto ningún momento, por artificial que sea, de descolonización o proclamación de independencia. Lo que sí ha habido han sido décadas de manipulación desde el exterior, de interferencias y hostigamiento, que muchos piensan que todavía continúan y que han dejado un legado de sospechas que favorece la teoría de la conspiración desde la que muchos contemplan a las potencias exteriores. Que esto pueda decirse de varios países, ya sea de China, de Rusia o de Serbia, no hace sino subrayar los orígenes contemporáneos, e internacionales, de dicha cultura.

(8) Sobre este punto, véase AHRAHAMIAN, ERVAND, “Khomeinism”, London: I. B. Tauris, 1993, cap. 4, “The Paranoid Style in Iranian Politics”. Este texto, como sugiere su título, es un desarrollo de los argumentos de Richard Hofstadter sobre la política norteamericana.

Finalmente, está el legado religioso, y más específicamente la filiación chií, de Irán. Aquí resulta muy fácil –tan fácil como erróneo– hacer toda clase de generalizaciones. Los rasgos del chiísmo que más frecuentemente se citan como formativos en la política interior y exterior de Irán –el culto al martirio, la visión maniquea de un mundo escindido entre el Bien y el Mal, la creencia en una “mano oculta”, y por encima de todo el radicalismo y el revolucionarismo en casa y en el extranjero– no son precisamente los que definen la mayor parte de la historia moderna del chiísmo. De hecho, durante muchos períodos y en varios países, los chiíes han sido los más pasivos de los musulmanes, y sus líderes –ayatolás y demás– los que más aceptaron y se acomodaron a los poderes estatales de su tiempo. La emergencia del chiísmo como una doctrina radical es un producto de los setenta, tanto en el Líbano como en Irán, y es un producto derivado del contexto social e internacional y de la movilización política, no del sectarismo doctrinario. También es erróneo considerar a la Revolución iraní como una revolución puramente chií: si bien, por su propio éxito, la Revolución Islámica se reclama chií, y si bien Irán ha apoyado a los chiíes en el extranjero –en particular en el Líbano, en Irán y en Afganistán– el atractivo de la Revolución Islámica ha ido mucho más allá del campo propiamente chií, que constituye, como hemos visto, solamente una décima parte del campo musulmán. Entre los suníes de Turquía y Pakistán, y sobre todo entre toda la población musulmana suní de Palestina, Irán ha adquirido un gran prestigio. También es erróneo considerar esta revolución, su proceso y su ideología, como algo puramente o básicamente de carácter religioso: por supuesto que fue dirigida por el clero, en la persona del Ayatolá Jomeini, y que estableció una República Islámica, pero las principales consignas de la revolución (en una fórmula del triplete que es una clara imitación de la revolución francesa) tenían un carácter en gran parte secular y nacionalista: *istiqlal, azadi, jumhuri-yi islami*, “Independencia, Libertad y República Islámica”.

El legado religioso del Irán es relevante para su política exterior en otros sentidos. Primero, como una revolución musulmana, Irán no solamente ha ofrecido un ejemplo de lo que es una revolución, sino que también ha contribuido a definir la comunidad de los musulmanes, la *ummah*, como la comunidad relevante de los oprimidos del mundo, en contraste con la clase obrera, con los pueblos colonizados o, antes, con las víctimas del feudalismo. Efectivamente, la Constitución Iraní de 1980 se compromete a dar su apoyo a los “musulmanes en lucha” en todo el mundo. Del mismo modo, las potencias “imperialistas” occidentales son presentadas

no solamente como unos opresores en el sentido económico de la palabra, mediante un uso reciclado del concepto comunista de imperialismo, sino también como los “enemigos del Islam” y, por supuesto, como con-fabulados con los enemigos del Islam en el propio Oriente Medio: los israelíes, los gobernantes corruptos, los falsos musulmanes y los “hipócritas” (el término coránico es *munafiqin*) de diversa ralea. Segundo, el hecho de que las ciudades de Kerbala y Nayaf, sagradas de los chiíes, donde están enterrados Alí y Hussein, los fundadores del chiísmo, estén en Irak hace que el destino de aquel país, en mayor medida incluso que el de Palestina o el de la Arabia Saudí, sea considerado de una importancia central para la estrategia y la opinión pública iraní. Tercero, el chiísmo proporciona, cuando quienes lo usan así lo desean, una serie de temas que favorecen la apelación a una política exterior revolucionaria: el objetivo, o la utopía, de una era sin diferencias sociales y sin privaciones; un fuerte compromiso con la justicia social; un lenguaje poderoso, con un vocabulario y varias formas narrativas con el que deslegitimar a los oponentes, dentro del país y a escala internacional; la fe en un líder radical, emancipatorio e imbuido de inspiración divina, el Imam.

Determinantes desde 1979

A estos elementos propios del pasado pre-revolucionario hay que añadir ahora los elementos, aún más importantes, que, desde la revolución de 1978-79, han conformado la política exterior iraní. De forma sumaria, estos elementos son: la propia revolución, la “política dual”, que combina los intereses de estado con la exportación de la revolución, y la guerra con Irak.

La Revolución Islámica (1978-1979)

Todas las revoluciones sorprenden y contienen elementos novedosos, pero la revolución que barrió al régimen del Sha fue, ciertamente, uno de los acontecimientos más inesperados y extraordinarios de los tiempos modernos (9). En menos de seis meses, un movimiento de masas de protesta, que no recibió ningún apoyo exterior y que no tenía armas con las que luchar, debilitó y destruyó a un estado con un ejército de 400.000

(9) El mejor relato de la revolución es el de BAKHASH, SHAUL; “The Reign of the Ayatollahs”, London: I. B. Tauris 1983. Mi propio análisis en términos del marco de la sociología política, que se centra en el carácter populista de la revolución y en el contexto internacional, se encuentra en “Islam and the Myth of Confrontation”, London: I. B. Tauris 1993, traducido al castellano con el título “El Islam y el mito del enfrentamiento”, Barcelona: Bellaterra 2005, capítulo 2: “La revolución iraní en una perspectiva comparada”.

hombres, enormes recursos financieros y un importante respaldo internacional. Las protestas de masas, las manifestaciones y las huelgas que destruyeron al régimen de los Pahlavi comenzaron en setiembre de 1978, y a principios de febrero, con el Sha ya en el exilio, el Ayatolá Jomeini regresó del exilio y estableció un Gobierno Provisional, encabezado por el islamista liberal y veterano oponente del Sha, Mehdi Bazargan. Unas semanas más tarde, tras una votación masiva a favor en un referéndum convocado al efecto, se proclamó una República Islámica. Siguieron a esto todos los rasgos característicos de una revolución: un cambio de sistema político, la expropiación de las propiedades pertenecientes a la antigua familia dirigente y a sus asociados, reales o imaginarios, la huida hacia el exilio de cientos de miles de personas de la antigua élite y de la clase media iraní, crecientes conflictos entre la República Islámica y antiguos partidarios de la oposición secular y de izquierdas, la revuelta de algunas de las minorías étnicas y una represión de una crueldad, arbitrariedad y ferocidad increíbles. El establecimiento de la República Islámica en abril de 1979 fue seguido de una enérgica ofensiva contra la oposición en agosto de 1979, y en noviembre por una crisis desencadenada por la toma de la embajada norteamericana por un grupo islamista radical, en la que Bazargan fue reemplazado por un gobierno pro-Jomeini más militante y más clerical.

Igualmente, y como en otras revoluciones, la agitación política y social iraní tuvo repercusiones internacionales. Primero, Irán rompió con sus antiguos aliados –los EEUU, Europa e Israel– pero, al mismo tiempo, y en conformidad con su nacionalismo bidireccional, también incrementó el nivel de confrontación con la URSS, aplastando gradualmente al partido comunista prosoviético, haciendo llamamientos a la revolución islámica en las repúblicas musulmanas del Asia Central y la Transcaucasia, y dando apoyo a las facciones de la guerrilla islamista que luchaban contra el régimen comunista afgano que había subido al poder en abril de 1978, y posteriormente a las fuerzas soviéticas que habían entrado en el país en diciembre de 1979. De esta forma, la RII hacía realidad una de las principales consignas de Jomeini, *nah gharb nah sharq*, “Ni el Este ni el Oeste”. En segundo lugar, Irán cambió su política en Oriente Medio, rompiendo relaciones con Israel y apoyando, por un breve tiempo solamente, como se vio después, a la OLP, respaldando la extensión de la revolución islámica a Irak, Arabia Saudí y Bahrein, y estableciéndose, por sus palabras y sus acciones, como el centro de un nuevo movimiento radical antioccidental en toda la región. A finales de 1979, por consiguiente, se habían

sentado las bases de la rivalidad, prolongada y de carácter regional, que es evidente en 2007 y que ha llegado a dominar la política de toda la región: la rivalidad entre Irán y sus aliados, principalmente Siria, y los grupos opositores asociados con Siria, por un lado, y los EEUU y sus principales aliados –Israel, Arabia Saudí y Egipto– por el otro.

Respecto a otras regiones y estados, Irán actuó con más cautela, pero también fue encontrando dificultades continuamente. El único país con el que fue capaz de alcanzar un acuerdo general, en términos comerciales, diplomáticos y políticos, fue China (10). Esto adquirió una importancia creciente respecto al comercio y al petróleo, pero también proporcionó a Irán un aliado comprensivo aunque distante en el continente asiático. China hizo todo lo que pudo para atenuar la imposición y el impacto de las sanciones sobre Irán. Por su lado Irán, a pesar de sus llamamientos a la solidaridad islámica, apoyó a Beijing contra los rebeldes islámicos de Sinjiang, a los que consideraba como poco más que agentes turcos y por tanto norteamericanos. Con Rusia, país con el que después de dos siglos ya no tenía frontera común, Irán abandonó rápidamente su retórica revolucionaria, y en la cuestión de Chechenia dio su apoyo a Moscú, considerando a los rebeldes chechenos como radicales suníes respaldados por Arabia Saudí. Al igual que en el caso de China, Irán se benefició del comercio y de cierto grado de apoyo diplomático de Rusia, y también recibió la ayuda de Rusia respecto a su programa nuclear civil. Pero no fue una relación exenta de problemas: Irán y Rusia adoptaron posturas divergentes respecto al estatus legal del Mar Caspio, y por tanto respecto a la explotación de las importantes reservas de petróleo y gas natural de aquella región, y Rusia tuvo que ser escuchada, e Irán actuar en consecuencia, respecto a las preocupaciones americanas relativas al programa nuclear y a otros programas iraníes. Las relaciones con Europa occidental fueron menos fructíferas: aunque Irán trató, imitando la vieja política internacional de los países comunistas, de separar a EEUU, la principal potencia imperialista, de Europa, y creía que podría mantener relaciones diplomáticas, comerciales y financieras con el mundo exterior vía Europa, nunca consiguió construir una relación estable y cooperativa con los principales estados europeos. Repetidamente, desde 1979, con las tensas negociaciones mantenidas con la troica de la UE sobre las armas nucleares en el 2005 y el 2006, Irán ofreció diálogo y al mismo tiempo suscitó el antagonismo de sus interlocutores de la Europa occidental. En varias oca-

(10) GARVER, JOHAN; “China and Iran”, Seattle: University of Washington Press, 2006.

siones, se rompieron las relaciones con Gran Bretaña, Francia y Alemania: con el reino Unido las cosas llegaron a un punto crítico por el caso Salman Rushdie en 1989; con Francia, por el asesinato del ex primer ministro Shahpur Bakhtiar en París en 1990; y con Alemania, por el tiroteo contra cuatro políticos de la oposición kurda en Berlín en 1990, y por el veredicto de los tribunales que, en 1997, consideró responsables del mismo a unos altos funcionarios iraníes.

La “política dual”: interés de estado y exportación de la revolución

En materia de relaciones exteriores y de seguridad, Irán procedió a implementar la clásica política asociada con todas las revoluciones, la que el historiador E. H. Carr, en su estudio sobre la Revolución Bolchevique, calificó como “la política dual” (11). Con esta expresión, Carr se refería a que el estado revolucionario ejerce su actividad política a dos niveles, el de la seguridad nacional y la diplomacia, por un lado, y el del internacionalismo revolucionario y la promoción de la revolución y el cambio a nivel no oficial, por el otro. Esta dualidad es considerada a veces por los observadores de la revolución como una cuestión de secuenciación temporal: un período de radicalismo y revuelta seguido por un período más moderado y acomodaticio. Así fue como muchos observadores interpretaron la política exterior rusa en la década de los veinte, después del declive de la oleada revolucionaria en Europa, o la política china a mediados y finales de la década de los cincuenta, una vez concluidas las guerras de Corea e Indochina. Pero, como la historia de estos dos países demostró, la dualidad dura mucho más tiempo que esto, y eso es lo que ha sucedido en el caso de Irán. Los acontecimientos del período posterior al final de la guerra con Irak en 1988 y a la muerte de Jomeini en 1989, y las presidencias de Rafsanjani (1989-97) y Jatami (1997-2005), llevaron a muchos a esperar que Irán practicara una política exterior y de defensa más moderada y contemporizadora. Pero éste no fue el caso: la revolución en Irán, como las de Rusia y China, por no mencionar la cubana, tardaría mucho más, varias décadas al menos, en abandonar el aspecto radical de su “política dual”. Esto se debió en parte a que los procesos políticos e ideológicos desencadenados por la revolución seguían estando activos, y también a que el poder en Irán estaba sólo parcialmente en manos de los presiden-

(11) CARR, E.H.; “The Bolshevik Revolution”, vol. 3. Harmondsworth: Penguin, 1967. Sobre el estudio comparativo de las revoluciones y de sus políticas internacionales y consecuencias, véase mi “Revolution and World Politics. The Rise and Fall of the Sixth Great Power”, Basingstoke. Macmillan, 1999.

tes electos y de los políticos laicos, y a que más bien estaba –aunque de una forma no siempre visible– en las manos más militantes y partidarias de la línea dura de quien, desde 1989, era el líder supremo, el Ayatolá Khamenei. Así, ni siquiera bajo Rafsanjani y Jatami fue posible que Teherán estableciera un diálogo directo con los EEUU, y en cuestiones de política nuclear los dos presidentes más liberales no se apartaron ni un milímetro del consenso nacional. La elección de Ahmadinejad en el 2005 marcó un cambio en la política nacional y en el tono de las relaciones exteriores, y no hizo sino confirmar estas dos posturas fundamentales de la República Islámica.

La otra cara de la política dual fue conocida, explícitamente, como *sudur i inqilab*, “la exportación de la revolución”. Al igual que en otras situaciones post-revolucionarias a veces caóticas, y como también es cierto de un país como Arabia Saudí, no siempre era posible decir dónde terminaba la política estatal u oficial iraní, y dónde empezaban las acciones y las declaraciones no oficiales, si bien muy influyentes, de otras fuerzas políticas dentro del país. De todos modos, la República Islámica procedió efectivamente, bien por medio de una política estatal deliberada, o bien permitiendo a otros –ulemas radicales, “fundaciones” islámicas especiales o grupos militares y securitarios encubiertos– promover cambios radicales en otros países. En algunos casos, esto se quedó en nada y la República Islámica pronto moderó su tono en estas situaciones: ni en la Península Arábiga (Arabia Saudí, Kuwait, Bahrein, Yemen) ni en Asia Central y Transcaucasia (ni tan sólo en el parcialmente islamista Tayikistán) tuvo éxito la política de exportación de la revolución. A mediados de la década de los ochenta finalizó el respaldo a los grupos radicales en dichos países, e Irán empezó a buscar el establecimiento de unas relaciones normalizadas con ellos, aunque de hecho éstas se vieron continuamente alteradas. Con respecto a Asia Central, Irán decidió pronto adoptar una perspectiva a más largo plazo, confiando en que la política que llevaban a cabo turcos y norteamericanos acabaría con el tiempo suscitando el antagonismo de las poblaciones. Un experto de Teherán describió esta política como *siasat-i-dast i gol* “la política del ramo de flores”; con esto se refería a que cualquiera que llegase al aeropuerto de Teherán desde estos países, tanto si eran islamistas como si eran pro-rusos o pro-occidentales, sería recibido con el protocolo y el reconocimiento debidos.

En 1984, Jomeini dirigió una importante alocución a los diplomáticos iraníes, recordándoles la importancia de su trabajo y el interés que tenía la República Islámica en el desarrollo de unas relaciones correctas con otros

estados. En un curioso pero revelador incidente ocurrido en 1987, Jomeini pronunció un exaltado discurso denunciando a los gobernantes de Arabia Saudí (un país cuyo nombre oficial nunca usaba, prefiriendo en cambio denominarlo “el llamado Reino de Najd y Hijaz”, su nombre original de 1932). Jomeini pronunció este discurso después de que más de trescientos peregrinos iraníes resultaran muertos en un enfrentamiento durante la peregrinación a la Meca, en unas circunstancias que nunca llegaron a explicarse adecuadamente. Pero cuando, después del discurso del Ayatolá, Velayati, el ministro iraní de asuntos exteriores, pronunció un discurso de tono similar recibió, ante su sorpresa, una llamada telefónica de reprimenda del ayatolá, conminándole a hacer su trabajo y a mantener el diálogo con Arabia Saudí, y dejando que fueran otros quienes se ocuparan de la denuncia.

La guerra con Irak (1980-1988)

Fueron los ocho años de guerra con Irak, mucho más que la propia revolución, lo que dio forma a la República Islámica. Si durante la revolución murieron, como mucho, unos cuantos miles de personas, fueron varios cientos de miles los que murieron durante el conflicto con Irak. Regiones enteras y todas las áreas urbanas de la frontera con Irak fueron destrozadas, grandes cantidades de personas desplazadas, y la economía supeditada a las presiones y a las distorsiones de la guerra. Lo más importante de todo fue que durante la guerra con Irak se formaron las instituciones clave del moderno estado iraní, y fue igualmente durante la guerra cuando se estableció la visión del mundo, y de las relaciones entre las élites, de los máximos responsables de la RII, tanto clericales como laicos. En muchos sentidos, la guerra con Irak desempeñó en la revolución iraní el mismo papel que la guerra civil rusa había desempeñado en la formación del estado bolchevique: fue la guerra civil, con sus estructuras militares igualitarias y de seguridad, la que forjó el estado de Lenin, Trotsky y Stalin; y fue la guerra con Irak la que forjó el estado de Jomeini, Khamenei y Ahmadinejad.

En primer lugar, la guerra llevó a la creación y a la consolidación de una serie de organizaciones militares y securitarias que iban a jugar un papel al menos tan importante como el de las fuerzas armadas regulares en la propia guerra. Si bien es cierto que el ejército regular fue reconstituido después de la invasión iraquí de setiembre de 1980, nunca recuperó la preponderancia que había tenido en tiempos del Sha: la Guardia de Corps o guardianes de la Revolución Islámica (*pasdaran*), una milicia de

seguridad establecida en principio para enfrentarse a las fuerzas de la oposición dentro del propio Irán y que contaba ahora con unos 350.000 miembros, y la milicia Movilización de los Oprimidos (*basij*) fueron los dos grupos principales en este sentido; pero la guerra con Irak también llevó a la reorganización y al fortalecimiento de los diversos grupos policiales internos y de los servicios de inteligencia que el régimen había establecido después de la caída del Sha. Al mismo tiempo, una nueva élite de militantes, hijos de la revolución, a menudo de origen muy modesto, con muy poca o nula experiencia internacional, y extremadamente leales al ayatolá Jomeini y a su mensaje, emergieron como cuadros básicos de la revolución. Única en este sentido entre todas las revoluciones modernas, la revolución iraní no fue obra de un partido político, o (como en el caso de Cuba) de un movimiento político indistinguible. Siguiendo el modelo soviético, después de la revolución se fundó un “partido dirigente”, el Partido Republicano Islámico (*hizb i jumhuri yi islami*), pero nunca llegó a ser una organización estatal efectiva, y después de la muerte de su fundador, el Ayatolá Beheshti, en 1981, se fue deteriorando rápidamente. La auténtica función de un partido dirigente –la de movilizar, organizar, adoctrinar y vigilar al pueblo iraní– la desempeñó una red informal de comités de las mezquitas, presidida por el clero leal a Jomeini o nombrado por él, en conjunción con los nuevos servicios de seguridad creados durante la revolución y la guerra con Irak.

La ideología producida por la guerra fue una combinación militante de internacionalismo revolucionario, culto chií al martirio y nacionalismo, siendo este último el elemento dominante. Mientras la propaganda iraní hacía llamamientos en pro de la extensión de la revolución a Irak, y de hecho contribuía al estallido de la guerra suscitando el antagonismo de Irak en los meses precedentes, y mientras los soldados iraníes eran llevados a creer que participaban en un ritual chií de autosacrificio que iba a llevarlos al paraíso, el elemento más poderoso de la propaganda durante los años de la guerra fue el nacionalismo iraní. El ataque iraquí fue presentado como parte de una serie más amplia de agresiones por parte de poderes exteriores, del Este y del Oeste, llevadas a cabo durante el último siglo. El hecho de que los iraníes creyesen que Sadam había sido alentado por Occidente y por Israel a lanzar su ataque, o incluso que había recibido la orden de hacerlo, y la ayuda real dada a Bagdad tanto por el Este como por el Oeste después de 1982, confirmaban el punto de vista de que la guerra era parte de la larga hostilidad imperialista contra Irán y el pueblo iraní. Fue a partir de esta experiencia, y mediante las instituciones y el

adoctrinamiento ocasionados por la guerra, que se formó el grupo del actual presidente Ahmadinejad. De hecho, de los seis candidatos a los que se permitió inicialmente presentarse a las elecciones presidenciales en 2005, al menos cuatro de ellos habían sido guardianes de la revolución.

Las estructuras del poder interno (12)

Un cuarto de siglo después de la revolución, no demasiado tiempo en términos del ciclo vital de las revoluciones modernas, Irán sigue siendo un país dirigido por una élite revolucionaria, la coalición del clero y sus asociados laicos que tomaron el poder en 1979 y que son los seguidores de Jomeini (13). Fueron entrenados en una escuela muy dura, no solamente por la represión del Sha y la revolución, sino también y de un modo más importante, por la violencia subsiguiente de 1979-81, en la que murieron muchos de sus camaradas, y por los ocho años de guerra con Irak, de la que surgieron algunas de las instituciones clave paramilitares y de inteligencia del régimen, actualmente asociadas con Khamenei. La clase dirigente en su conjunto, tal vez unas 5.000 personas entre laicos y clérigos, establecieron una fuerte unión, y compartiendo negocios e intereses políticos, han formado una *nomenclatura* islámica que ha capeado muchas tormentas y que sabe muy bien que la desunión puede equivaler al fracaso, como le ha sucedido a más de una élite revolucionaria. La pluralidad formal de las instituciones estatales, tal como ha sido delineada por Buchta, se solapa con las redes informales de facciones políticas, matrimonios de conveniencia e intereses comunes. A medio plazo, si no también a largo plazo, ésta es una fórmula que funciona, y en la medida en que sigan llegando las rentas del petróleo y que no surja una oposición fuerte, violenta y organizada, continuará funcionando. Las tres facciones principales del régimen –la conservadora de Khamenei, la centrista de Rafsanjani y la reformista de Khatami– han alcanzado, en este sistema, una cierta forma de equilibrio político, estando el poder en última instancia en la primera de estas facciones, pasando la segunda de ellas a uno u otro lado según las ocasiones. Es esencial no perder de vista, tanto para formarse un juicio sobre el presidente Ahmadinejad como sobre su pre-

(12) SCHIRAZI, ASGHAR; “¿Una república imposible?”, Amirahmadi, Hooshang; “Estructura del poder en la república islámica” y Milani, Abbas; “El milagro del nuevo milenio” en Irán por dentro Vanguardia Dossier: Número 24, julio-septiembre 2007

(13) BUCHTA, WILFRIED; “Who Rules Iran?” Washington DC: Washington Institute for Near East Policy, 2000; Alamadari; Ali Gheissari y Vali Nasr, “The Conservative Consolidation in Iran”, Survival, vol. 47, n° 2, verano 2005.

decesor reformista Khatami, que, en cuanto presidentes electos, su poder es limitado, pues la autoridad fundamental la detenta en última instancia el *Rahbar* o líder, Khamenei (14).

El particular carácter híbrido de la revolución y de la constitución de 1980 religioso/secular, tradicional/moderno, electo/no electo ha producido un sistema de dos caras, una de ellas formada por las autoridades religiosas no elegidas que controlan las organizaciones legales y las principales organizaciones militares, y un ala, más reformista, formada por los políticos electos que controlan el ministerio de asuntos exteriores y otras áreas. Hay una especie de equilibrio inestable entre ellas: nadie debe pensar que los partidarios de la línea dura abolirán la diferencia, pero tampoco que cederán el poder alguna vez. La pluralidad del Irán contemporáneo no es el signo de ninguna democratización incipiente, ni representa el final del gobierno autoritario, como en la Europa del Este de finales de los ochenta. Aparte de otras cosas, los líderes de la RII han aprendido la lección de los errores de Gorbachov –las reformas internas y una actitud conciliadora en política exterior no es una actitud recompensada por Occidente, sino el preludio del colapso– y están decididos a no cometer el mismo error. La ecuación básica en Irán durante los últimos treinta años ha sido la de una minoría autoritaria que controla los mecanismos judiciales, las fuerzas armadas y la ideología, y que está decidida a reprimir, encarcelar y si es preciso matar, usando fuerzas estatales o paraestatales –por ejemplo, Hizbollah–, frente a una mayoría aún embrionaria, desorganizada y sin dirección, que está cansada de la violencia y no está dispuesta a recurrir a ella.

La perspectiva más amplia es la de que este equilibrio puede durar mucho tiempo, y que es muy poco lo que el mundo exterior puede

(14) El círculo íntimo del líder espiritual constituye una especie de gobierno efectivo, pero invisible y al que no se exige responsabilidad, o, para decirlo de la forma que se dice en otros países, un “estado dentro del estado”. Este grupo incluye al Ayatolá Mohammadi-Golpayegani, secretario del gabinete del líder y también secretario del gabinete del anterior líder, el Ayatolá Jomeini; Hojjat ul-Islam Mirhijazi, un clérigo y antiguo comisario político en las fuerzas armadas durante la guerra con Irak; Ali Akbar Velayati, antiguo ministro de asuntos exteriores, y efectivamente el auténtico ministro de exteriores en la medida en que sigue siendo el que define, si no la política concreta, sí las grandes líneas generales y las líneas que no pueden cruzarse; el general Mohammad Baqr Zolghadr, vicecomandante de los guardianes revolucionarios; Ali Afshar, antiguo alto cargo del basij; Hojjat ul-Islam Rouhani, presidente del Consejo Nacional de Seguridad con el presidente Khatami; Abbas Maleki, antiguo director del Instituto de Estudios Políticos Internacionales, entonces director de Instituto del Caspio y Transcaucasia y actualmente editor del influyente periódico de la municipalidad de Teherán, Hamshahri.

hacer para cambiar las cosas, excepto respaldar los derechos civiles y la libertad. Una apertura a la Organización de la Conferencia Islámica (OIC) tendría un efecto liberalizador muy importante y les resultaría difícil de controlar. El bando de Rafsanjani afirma ser un mejor aliado en este sentido que el bando reformista, porque, siendo *bazaríes*, favorecen una política de libre mercado, comercio con Occidente, etc. Los conservadores, con el actual presidente Ahmadinejad, están decididos a oponer resistencia hasta el final y no les preocupa la voluntad popular ni el mundo exterior. Recorren cada vez más al nacionalismo. Creen, erróneamente y al igual que otros líderes iraníes del pasado siglo, que el mundo irá hacia ellos, que disponen de más tiempo del que realmente tienen (esto se hace igualmente patente en su conducta prevariadora de negociación con las compañías petrolíferas occidentales). Probablemente la mayor debilidad de la élite islámica de la RII es su absoluto desconocimiento de las cuestiones económicas y su falta de una estrategia económica nacional; en este punto, la comparación con la China posterior a 1978 es sorprendente. En cierta ocasión, Jomeini calificó la preocupación por las cuestiones económicas como algo propio “de burros”. Tienen suficientes rentas procedentes del petróleo, y de sus propias actividades comerciales, como para mantener las cosas como están durante mucho tiempo; una vez más, a pesar de la ineficacia económica, la corrupción y la fragmentación de la política. No es fácil establecer una analogía con la disolución de la URSS a finales de los ochenta.

Ya hemos mencionado el papel que desempeña la cultura política en las percepciones y en las políticas iraníes. Ninguna discusión sobre la estructura política en Irán sería completa sin mencionar la forma en que es percibida por la mayoría de la población, y sin referirnos a la cultura política que da forma, y a menudo deforma, dichas percepciones. Como ya hemos dicho, la cultura iraní está impregnada de referencias al pasado –preislámico imperial, literario, reciente– y esto resulta evidente tanto en las declaraciones de la élite como en las actitudes populares. Gran parte de la política iraní, por tanto, se lleva a cabo en términos de ironía, alusiones y humor amargo. En general, la política de la élite actual, a pesar de estar dividida, se resume en una sentencia persa: *nami dar birun, sakht dar dakhil* –“Blando por fuera, duro por dentro”. La aparente disputa faccional actual es desestimada por muchos iraníes y considerada como una simple fachada, un teatro de polichinelas, *kheimishabazi*. También fueron muchos quienes, al despedir a Khatami, dijeron que, al fin y al cabo, no

era más que otro ulema –*sag i sorkh baradar i shakal ast*– “el perro rojo es el hermano del chacal”. (15)

Tampoco debe olvidarse que, para muchos iraníes, la República Islámica de Irán como tal solamente fue posible gracias a un complot organizado por los británicos. Como explicaba antes, durante la revolución se decía que si Jomeini se hubiera afeitado la barba, se habría podido leer lo que llevaba grabado en la mejilla: “Made in England”. Un relato algo más sutil de la revolución es el que me dio recientemente un aparentemente sofisticado alto ejecutivo iraní que había vivido muchos años en Occidente: “Mire, profesor, usted no puede darse cuenta de ello porque no es iraní, pero ninguno de esos millones de personas que se manifestaban por las calles gritando contra el Sha eran realmente iraníes. A todos ellos los trajeron los ulemas desde Afganistán en miles de autocares”. Más o menos lo mismo dijeron los liberales del norte de Teherán de las multitudes que se apiñaron en torno a la tumba de Jomeini al sur de Teherán. Otras muchas conspiraciones serán sin duda desveladas. El antiguo presidente Rafsanjani se sitúa entre Khatami y Khamenei y va oscilando entre uno y otro –es lo que en Irán llaman *hizb i bad*, “el partido del viento”–. Pero el centro de su poder se encuentra en el Consejo para el Discernimiento del Interés. También tiene muchos intereses de tipo empresarial. Sus partidarios dicen que, al final, Occidente tendrá que volver a tratar con los *bazaríes* y dejar estar a los soñadores y a los ex-socialistas del campo de Khatami.

1990 y después: Irán y la maduración de la Gran Crisis del Asia Occidental

La política exterior de Irán desde 1979 puede dividirse, de un modo general, en tres grandes fases: los primeros años de la revolución y de la guerra con Irak, hasta la muerte del Ayatolá Jomeini (1979-1989); los años de una política más pragmática y reformista, tanto nacional como internacionalmente, bajo las presidencias de Rafsanjani y Khatami (1989-2005); y la tercera fase, la actual, la iniciada con la elección del presidente Ahmadinejad en 2005. Durante estas tres fases, la política ha sido dicta-

(15) El chiste político más evocador de entre los que circulan por Teherán, basado en los rumores de los últimos años según los cuales finalmente el clero va a ceder el poder, se refiere a un hombre que llega a Teherán procedente de Marte dentro de 400 años. Todos los que le reciben lo hacen mostrando tres dedos con la mano y con una expresión de esperanza en el rostro, y cuando pregunta cuál es el significado de aquel gesto le contestan: “¿No ha oído las noticias, señor? ¡Se van [los ulemas] dentro de tres meses!”.

da por una combinación de factores, disputas internas y cambios, por un lado, y por los acontecimientos regionales e internacionales, por el otro. Claramente, y en consonancia con el modelo de los cambios domésticos abruptos que se producen en los estados post-revolucionarios, los cambios y las incertidumbres en el interior del propio Irán han desempeñado un importante papel: la llegada de Ahmadinejad, inesperada para muchos observadores, tanto iraníes como extranjeros, constituyó otro ejemplo de este paroxismo de reafirmación revolucionaria que también se dio en Rusia en la década de los treinta, en China en la de los sesenta y en Cuba en la de los ochenta. Al mismo tiempo, Irán ha reaccionado ante los más importantes cambios en la escena regional e internacional, y también ha intentado aprovecharse de ellos. Acontecimientos externos tan dramáticos como la revolución y la intervención soviética en Afganistán (1978-1989), la ocupación iraquí de Kuwait (1990-1991), el colapso de la URSS (1991), la detonación de armas nucleares por parte de indios y pakistaníes (1998) y la retirada de Israel del Líbano (2000) fueron seguidos, en años más recientes, por los ataques de setiembre del 2001 y sus consecuencias, de gran importancia para Irán, concretamente la ocupación norteamericana de Afganistán (desde el 2001), la invasión de Irak (2003) y la subsiguiente guerra civil en el país, y el estallido de la guerra entre Israel y Hizbollah (2006).

El reto a la hora de interpretar los antecedentes de la política exterior iraní es reconocer de qué modo han interactuado los diferentes niveles –doméstico, regional e internacional–, pero también el de identificar en qué medida cada uno de ellos ha sido autónomo: así, por ejemplo, el equilibrio entre las facciones domésticas se ha visto poco afectado por los acontecimientos internacionales, con la excepción de la invasión iraquí de 1980, y ha estado más relacionado con el papel desempeñado por las facciones, y por los individuos, dentro del régimen; al mismo tiempo, si bien Irán ha intentado aprovechar las oportunidades que se le presentaban con los cambios habidos en la región, a menudo ha sido incapaz de hacerlo (la invasión iraquí de Kuwait y la caída de los talibanes son dos ejemplos de ello). Además, algunos aspectos de la política exterior iraní han mantenido una considerable coherencia durante todo este período: la construcción y el mantenimiento de una alianza, no muy firme pero sí importante, con China; una política moderada en Transcaucasia y en Asia Central; la alianza, duradera y flexible, con Siria (16); y, lo cual no es lo menos impor-

(16) Sobre este punto, véase GOODARZI, JUBÓN; “Siria and Iran”, London: I. B. Tauris, 2006.

tante, el lento pero deliberado desarrollo de una capacidad nuclear. Estas políticas son componentes importantes de la política exterior global de Irán y se han visto escasamente afectadas por los cambios domésticos y las disputas entre facciones.

Si durante la primera década más o menos, hasta la muerte de Jomeini, las energías se centraron en la supervivencia del régimen frente a los enemigos internos, primero, y a la invasión iraquí, después, el desarrollo más importante desde entonces para Irán ha sido el desarrollo de una nueva configuración regional en el mundo árabe, al sur y al oeste, y en Afganistán y el sur de Asia, al este y al sudoeste. Este proceso, que data más o menos del final de la Guerra Fría en 1989-1991 y de la crisis por la invasión iraquí de Kuwait en 1990-91, llevó al desarrollo de una serie de conflictos locales, enconados y no resueltos, y al mismo tiempo a una mayor interacción e intersección de estas diferentes crisis. Es por esta razón que, en mi propia obra, he introducido el concepto de “la Gran Crisis del Asia Occidental”, con el cual pretendo indicar que ha surgido una nueva región que incluye no solamente al mundo árabe y a Turquía con Irán, el “Oriente Medio” tradicional, sino también Afganistán y Pakistán (17). Obvios ejemplos de este complejo son: el papel cada vez mayor de Irán en los asuntos del Líbano y también de Palestina; la emergencia, por primera vez en la historia moderna, de un conflicto activo entre suníes y chiíes, evidente sobre todo en Irak; la creciente preocupación por los intentos de Irán de acceder a las armas nucleares, producto en parte de las lecciones de Irak y también de las explosiones paquistaníes de 1998; y la intersección, a modo de contrapunto y potencialmente explosiva, desde el 2001-2003 de la guerrilla de resistencia a los norteamericanos en Irak y en Afganistán. Tal vez el elemento más claro de esta intersección, y de la mayor interrelación existente en las diferentes zonas en conflicto, es la actividad de la guerrilla radical y clandestina de los *jihadistas* suníes, vagamente coordinada e inspirada por Al Qaeda: a pesar de las exageraciones que se han producido al hablar de este asunto, Bin Laden consiguió efectivamente crear en el Afganistán de los ochenta una milicia de jóvenes militantes musulmanes llegados de muchos países y que, con el fin de la guerra en el país a principios de la década de los noventa, regresaron a sus propios países, Egipto, Yemen, Argelia o Arabia Saudí, para proseguir su lucha en ellos. Frustrados en muchos sentidos por la resistencia de los estados, que eran el objetivo inicial, este movimiento procedió luego a extender su lucha hacia objetivos

(17) He desarrollado esta idea en “The Middle East in International Relations”, Cambridge: CUP, 2005, capítulo 5.

occidentales, en Nueva York (2001), Madrid (2004) o Londres (2005). La invasión americana de Irak en el 2003 desplazó de nuevo el foco de la lucha a Oriente Medio y al Asia occidental en general, y, por consiguiente, a las fronteras con Irán.

Con una considerable astucia y flexibilidad, Irán ha tratado de aprovecharse de estos desarrollos que, en un sentido amplio, le han proporcionado nuevas oportunidades para hacer progresar su “política dual”. En efecto, el 11 de setiembre y la respuesta norteamericana le dieron a Irán una segunda oportunidad histórica y estratégica para tratar de conseguir sus objetivos. En el lado positivo, la invasión israelí del Líbano en el 2000 ofreció la posibilidad de una gran victoria propagandística para Irán, de quien se consideró que había armado y financiado el éxito de Hizbollah en la expulsión de los israelíes. La invasión de Afganistán destrozó al principal enemigo de Irán en el este, los talibanes, y la de Irak en 2003 eliminó al régimen que Teherán había estado intentando desalojar del poder durante más de dos décadas, sobre todo a lo largo de la prolongada y frustrante guerra de los ochenta. El hecho de que, subsiguientemente, Estados Unidos se viese envuelto en unas guerras en Afganistán y en Irak que no era capaz de ganar y que han servido para subrayar la debilidad de las capacidades militares norteamericanas, solamente ha servido para reforzar la confianza de Irán.

En el marco de la “Gran Crisis del Asia Occidental”, Irán se sintió capaz de hacer progresar su principal reivindicación estratégica e ideológica: la de ser reconocido como la potencia regional dominante. Irán no tiene, repitámoslo un vez más, pretensiones territoriales sobre otros estados y no desea someter a sus vecinos como, por ejemplo, hicieron los norteamericanos en América Central y en el Caribe en las décadas de los cincuenta y los sesenta, o aún más, como hizo la URSS en Europa del Este después de la Segunda Guerra Mundial. Pero Irán ha deseado ser reconocido como un componente importante y necesario de todos los conflictos subregionales que se han producido cerca de sus fronteras: en Afganistán, Transcaucasia, Irak, el Golfo, el Líbano y Palestina. Es aquí donde convergen los dos componentes de la “política dual”: la aspiración postimperial y el internacionalismo revolucionario. Y es en este contexto donde la política nuclear de Irán adquiere su pleno significado. Las armas nucleares desempeñan varias funciones, desde el objetivo más concreto de evitar invasiones hasta funciones políticas más generales como la de aumentar el prestigio del estado, movilizar a la opinión pública y fortalecer las bazas de un poder en crisis. Lo que antes de finales de los noventa era

una parte relativamente secundaria de la política exterior y de defensa global de Irán, se vio ampliado por los desarrollos habidos en la propia región del Asia Occidental: la explosión nuclear paquistaní de mayo de 1998, las invasiones norteamericanas de Afganistán e Irak, y la mayor implicación política y diplomática de Irán en las crisis subsiguientes en estos dos países, y en el conflicto Líbano/Palestina. Las armas nucleares son, para Irán como para cualquier otro país, el medio de conseguir sus objetivos políticos, diplomáticos y de prestigio.

Los límites del poder iraní

El curso de los acontecimientos en Oriente Medio y en Asia Occidental en años recientes, y los errores de EEUU y sus aliados, sobre todo en Palestina y en el Líbano, por un lado, y en Irak, por el otro, han dado un nuevo impulso a la revolución iraní en el escenario internacional. Del mismo modo que la revolución cubana consiguió su mayor éxito en Nicaragua con la victoria sandinista de 1979, dos décadas después de su propio triunfo, y del mismo modo que la URSS llegó al punto álgido de su influencia en Europa a finales de la década de los cuarenta, tres décadas después del 1917, también la revolución iraní, que ha mantenido sus aspiraciones, mediante su “política dual”, a extender su influencia como estado y *también* como revolución se ve ahora mismo enfrentada con un clima regional excepcionalmente favorable.

Dicho esto, existen evidentemente unos límites al potencial de la influencia iraní que, a la larga, pueden inhibir la consolidación de una esfera de influencia en Asia Occidental a la que Teherán evidentemente aspira. En primer lugar, Irán, a pesar del alza del precio del petróleo y de su confiada actitud a nivel internacional, se enfrenta a serios problemas económicos, resultado de la mala gestión durante más de dos décadas, de las sanciones internacionales y de las distorsiones impuestas por la propia élite militar-clerical del petróleo. A pesar de las sanciones, Irán puede continuar exportando petróleo y gas natural, pero a consecuencia de ellas no ha podido asegurarse una mayor y más fiable inversión exterior, y se ha visto progresivamente privado de acceso al crédito internacional, con el resultado de que ha tenido que pagar en metálico una serie de proyectos importantes (18). Como resulta evidente en otros países del tercer mundo, por ejemplo en Venezuela, que han cedido a la tentación de un

(18) MCDOWELL, ANGUS; “Iran: the price of Sanctions”, Middle East Economic Digest, 13-19 abril de 2007.

populismo alimentado por las rentas del petróleo, Irán puede usar las altas rentas que actualmente produce el petróleo para evitar llevar a cabo reformas políticas o en sustitución de ellas, pero es incapaz de resolver muchos de los problemas de mayor calado con los que se enfrenta y que lleva mucho tiempo postergando. Además, y al igual que en Venezuela, los fondos supuestamente reservados para ser destinados a proyectos de desarrollo a largo plazo de la industria del petróleo, están siendo desviados, y esquilmos, para financiar programas sociales domésticos a corto plazo y para financiar costosas iniciativas y aventuras en el extranjero. El desempleo supera el 20 por ciento, la producción agrícola y la industrial son muy ineficientes, muchos bienes de consumo de primera necesidad están subvencionados, la industria petrolífera sufre una crónica falta de inversiones, la corrupción y el despilfarro de la élite, tanto en armas como en proyectos ideológicamente sancionados, están siendo muy perjudiciales. Más allá del agotamiento de los recursos petrolíferos y de la incapacidad de desarrollar una economía no petrolífera, la tendencia negativa más importante es la baja calidad de su sistema educativo, sobre todo en lo referente a las habilidades necesarias para la gestión de una economía moderna, lo que puede inhibir gravemente el crecimiento y determinar un ineficiente uso de los recursos en el futuro.

Al mismo tiempo, hay unos límites claros a la capacidad de Irán de hacer efectiva su influencia internacional, y de mantenerla. El más obvio de todos es la continua disputa sobre el tema de las armas nucleares, que deja abierta, como mínimo, la imposición de nuevas y costosas sanciones; sanciones que exacerbarán con toda seguridad los problemas económicos que ya tiene el país y que confirmarán aún más la reticencia de los bancos y empresas internacionales a efectuar préstamos y a invertir en Irán. En el peor de los casos, este impasse, acompañado de la sanguinaria retórica anti-israelí que esgrime el presidente Ahmadinejad y otros políticos iraníes, podría llevar a una invasión y a un ataque aéreo norteamericano y/o israelí que, aunque no consiguiese derrocar al régimen, perturbaría gravemente las infraestructuras y el desarrollo de la economía del país. Aparte del tema nuclear, hay otros límites a la influencia de Irán en la región. En Afganistán, su frontera oriental, Irán tiene muy pocos aliados competentes y se encuentra en una posición mucho más débil respecto a las fuerzas que cuentan con el apoyo de Pakistán de la que tenía en la década de los ochenta. En Irak, Irán tiene un interés general en la emergencia de un régimen predominantemente chií y pro-iraní, pero desde el año 2004 las perspectivas de que esto llegue a ser una realidad se han ido

haciendo cada vez más remotas. Es posible que Irán tenga una gran capacidad de influencia sobre algunos de los grupos chiíes a los que dio apoyo contra Sadam Hussein, concretamente *al da'wa* y el CSRIL [Consejo Supremo de la Revolución Islámica Iraquí], ambos fuertemente representados en el nuevo gobierno y en las fuerzas de seguridad de Bagdad; pero tiene mucho menos control sobre las nuevas y más sectarias milicias que han ido emergiendo entre los chiíes, como el Ejército del Mahdi de Moqtada al-Sadr, e incluso éste ha empezado a fragmentarse en varios grupos autónomos e incontrolables. Y aquello sobre lo que Irán tiene todavía menos control es sobre la guerra civil entre suníes y chiíes que, desde comienzos del 2006, ha sido la realidad dominante en Irak y donde el odio, la venganza, el bandolerismo y el caos impiden la imposición de un control efectivo, sea lo que sea lo que trate de hacer para ello cualquier actor exterior interesado, tanto si es Irán como si son los norteamericanos. Puede afirmarse que si, mientras en 2003-2005, Irán mantuvo una influencia efectiva en Irak, ahora este ha dejado de ser el caso, y ello puede tener consecuencias peligrosas para ambos países.

En otras partes de Oriente Medio, las tornas podrían girarse hasta cierto punto en contra de Irán. En algunos países suníes como Kuwait, Jordania o Arabia Saudí, los gobiernos y al menos una parte de la población se oponen abiertamente al aumento de la influencia iraní, que es vista como parte de un plan chií de expansión en la región. En Palestina, de momento, Irán mantiene una estrecha alianza con los grupos de la guerrilla suní, la Jihad Islámica y Hamas, pero esto ha provocado también un cierto sentimiento popular anti-iraní. En Líbano, la influencia iraní ha tomado un giro paradójico: si bien ha mantenido e incluso consolidado su relación con el principal grupo chií, Hizbollah, sobre todo después de la guerra con Israel de julio-agosto del 2006, también ha ido perdiendo pie, en años recientes, en los campos de refugiados del Líbano, donde se calcula que viven unos 350.000 palestinos. Aquí ha surgido una nueva generación de militantes pro-Al Qaeda, que ha desplazado a gran parte de los líderes de la vieja OLP que dominaban en estos campos, así como a los predicadores y a los organizadores de las mezquitas que surgieron, con el apoyo iraní, en la década de los ochenta. En conjunto, el hecho de que, por primera vez en la historia moderna, haya un serio conflicto suní-chií en el mundo árabe, con su manifestación más sangrienta en Irak, solamente puede ser un contratiempo para Irán en sus aspiraciones a ejercer una influencia regional. Siria seguirá siendo su único aliado mientras el régimen baasista de Bashar al-Asad permanezca en el poder, pero no es nin-

gún secreto que el régimen está perdiendo capacidad de control ideológico y coercitivo, y que la fuerza política dominante en el país son ahora los miembros suníes, y claramente anti-chiíes, de la Hermandad Musulmana.

Las opciones de la política occidental

El mundo exterior puede comentar lo que está sucediendo en Irán, hacer sugerencias al respecto y, en caso necesario, condenarlo, pero tiene pocas palancas con las que poder influir en el curso de los acontecimientos. Las sanciones, si llegan a imponerse, pueden aumentar la confusión y el resentimiento nacionalista dentro del país, y debilitar a aquellos que, dentro del gobierno o en la oposición, y en la sociedad, están a favor de establecer unas mejores relaciones con Occidente. Tampoco hay demasiados interlocutores válidos fuera del país; de hecho, es muy importante, en este contexto, evitar a casi todos los exiliados iraníes, tanto si se trata de los miembros del CNRI/OMP como si se trata de los monárquicos. Son unos charlatanes, exageradores e inventores de toda clase de calamidades. El CNRI [Consejo Nacional de la Resistencia Iraní], dirigido por la OMP [Organización de los Mujahidines del Pueblo], en persa *mujahidin i khalq*, no tiene ninguna credibilidad en Irán: es un grupo totalmente desacreditado e internamente represivo, irresponsablemente consentido en Estrasburgo y en los parlamentos occidentales (19). No debe olvidarse que entre 1986 y 2003 los mujahidines de la OMP fueron protegidos y pagados por Sadam Hussein. Aunque se dedican a distribuir informaciones sobre la situación política y militar dentro de Irán, incluyendo los temas nucleares, los desertores, etc., estas informaciones suelen carecer de todo fundamento y estar confeccionadas a medida para adaptarse en cada momento a la principal inquietud de los gobiernos occidentales, sea la que sea. La buena información sobre las violaciones de los derechos humanos no proviene de los exiliados iraníes, de la derecha o de la izquierda, sino de Amnistía Internacional y de Human Rights Watch. Desgraciadamente, virtualmente no existen voces ni fuentes sensatas liberales, socialdemócratas o independientes, con la excepción del personal de los servicios de la BBC persa y algunos académicos iraníes, particularmente el profesor Ervand Abrahamian y el profesor Reza Afshari en Nueva York, el profesor David Menashri en Tel Aviv, y el profesor

(19) Sobre los mujahidines, véase la espeluznante y brillante autobiografía de un antiguo líder de la organización, BANIDADR, MASUD; "Masud. Memoirs of an Iranian Rebel", London: I. B. Tauris, 2002, y ABRAHAMIAN, ERVAND; "The People's Mujahidin of Iran", London: I. B. Tauris 1997.

Mohamed-Reza Djalili en Ginebra. La mayoría de los demás tienden a mostrarse acomodaticios, o a dejarse llevar por sus ilusiones respecto a los cambios políticos en Irán y acerca de posibles compromisos en la política exterior iraní. Subestiman la base del poder doméstico, la determinación y, en ocasiones, la precipitación y la arrogancia de la élite que actualmente controla la República Islámica.

Lo mejor que el mundo exterior puede hacer por la seguridad regional y por el pueblo de Irán es seguir conversando, evitar las ilusiones o las reacciones precipitadas e irreflexivas, y seguir la evolución de los acontecimientos. *Los factores más importantes a tener en cuenta para comprender y tratar con Irán son: (i) que su política exterior y de defensa, incluida la cuestión de las armas nucleares, están en función de sus cálculos políticos y diplomáticos, por encima de todo de su situación y sus aspiraciones a la hegemonía regional; (ii) que más allá de cualquier nostalgia imperial o de cualquier ideología islámica o chií, el factor político clave y que más determina su forma de actuar, internamente e internacionalmente, es que Irán es, y seguirá siendo durante un tiempo considerable, un estado surgido de una revolución social.* Las comparaciones que pueden establecerse para esclarecer el caso iraní tienen muy poco que ver con las banalidades de los “Estados canalla” o con el “Eje del Mal”, y están más relacionadas con la política de los estados sobre las armas nucleares durante la Guerra Fría y con la persistencia durante décadas de las políticas autoritarias y de las aspiraciones internacionales en otras revoluciones de los tiempos modernos. Al fin y al cabo, y sin que estemos diciendo que la cosa vaya a llevar tanto tiempo, nadie se presentó para candidato a presidente contra George Washington y se necesitaron unos doscientos años para comprender todo el potencial de su revolución y extender el derecho al voto a todos los ciudadanos americanos. La Revolución Bolchevique tardó setenta años en agotar sus energías, la cubana aún sigue viva y desafiante cuarenta años después. Una misma escala a largo plazo es la escala relevante en el caso de Irán: de hecho, comparada con otras grandes revoluciones de los tiempos modernos, la República Islámica permite un grado bastante mayor de debate, así como viajar y publicar, y también hay, de un modo bastante abierto desde el 2005, elecciones presidenciales, importantes debates y divisiones entre los miembros de la clase dirigente. Hay aquí una trampa, sin embargo, en la que muchos comentaristas externos y algunos iraníes, caen demasiado fácilmente: la de confundir la existencia de la diversidad y la oposición con un debilitamiento serio y estructural del régimen autoritario. Este pluralismo,

y la existencia evidente de una corriente social de oposición al gobierno clerical y en favor de una mejora de las relaciones con el mundo occidental, no deben llevar a los observadores a olvidar que desde 1979 el poder real, con su potencial legal, político, económico y sobre todo coercitivo para autodefenderse, ha estado en manos de la élite clerical-militar no elegida que se agrupa en torno al Líder Supremo, desde 1989, Ayatolá Khamenei. A la larga, esta élite post-revolucionaria, producto de la revolución, de la guerra con Irak y de la consolidación de una nueva clase dominante basada en las rentas del petróleo, será incapaz de resolver los problemas con los que se enfrenta Irán en las esferas política, económica e internacional. Pero este fracaso no parece estar próximo y puede estar incluso a varios años, o décadas, de distancia. Corresponde a todos quienes, desde dentro de Irán, desean que haya cambios, y a quienes, desde el exterior, quisieran ver a un Irán que ocupase una posición más responsable y respetada en Oriente Medio e internacionalmente ser, en este sentido, realistas y reconocer que, ahora que está en su tercera década, la Revolución Islámica dista mucho de haber culminado su recorrido.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRAHAMIAN, ERVAND, *KHOMEINISM* LONDON: I. B. TAURIS 1993.
- ABRAHAMIAN, ERVAND, CUMINGS, BRUCE Y MA'UZ, MOSHE *INVENTING THE AXIS OF EVIL. THE TRUTH ABOUT NORTH KOREA, IRAN AND SYRIA* LONDON: THE NEW PRESS, 2004.
- ALAMDARI, KAZEM 'THE POWER STRUCTURE OF THE ISLAMIC REPUBLIC OF IRAN: TRANSITION FROM POPULISM TO CLIENTILISM, AND MILITARIZATION OF THE GOVERNMENT' *THIRD WORLD QUARTERLY* VOL. 26 NO. 8, 2005.
- ANSARI, ALI *CONFRONTING IRAN: THE FAILURE OF AMERICAN FOREIGN POLICY AND THE NEXT GREAT CONFLICT IN THE MIDDLE EAST* NEW YORK: BASIC BOOKS, 2006.
- BAKHASH, SHAUL, *THE REIGN OF THE AYATOLLAHS* LONDON: I: B: TAURIS, 1983.
- BUCHTA, WILFRIED, *WHO RULES IRAN? THE STRUCTURE OF POWER IN THE ISLAMIC REPUBLIC* WASHINGTON: WASHINGTON INSTITUTE FOR NEAR EAST STUDIES, 2000.
- CHUBIN, SHAHRAM *WHITHER IRAN? REFORM, DOMESTIC POLITICS AND NATIONAL SECURITY* LONDON: INTERNATIONAL INSTITUTE FOR STRATEGIC STUDIES, ADELPHI PAPER 342, 2002.
- CHUBIN, SHAHRAM *IRAN'S NUCLEAR AMBITIONS* WASHINGTON DC: CARNEGIE ENDOWMENT FOR INTERNATIONAL PEACE, 2006.

- CORDESMAN, ANTHONY *IRAN'S DEVELOPING MILITARY CAPABILITIES* WASHINGTON, DC: CENTRE FOR STRATEGIC AND INTERNATIONAL STUDIES, 2005.
- CLAWSON, PATRICK *U.S. SANCTIONS ON IRAN* ABU DHABI: THE EMIRATES CENTER FOR STRATEGIC STUDIES AND RESEARCH, 1997.
- CRISIS ACTION *TIME TO TALK. THE CASE FOR DIPLOMATIC SOLUTIONS ON IRAN* LONDON FEBRERO DEL 2007.
- DE BELLAIGUE, CHRISTOPHER 'BUSH, IRAN AND THE BOMB', *THE NEW YORK REVIEW OF BOOKS* VOL. LII NO. 3, 24 DE FEBRERO 2005.
- THE ECHO OF IRAN* (MONTHLY), TEHRAN AND LONDON, WEBSITE [HTTP://WWW.BULLETINS.IRANALMANAC.COM](http://www.bulletins.iranalmanac.com).
- EHTESHAMI, ANOUSHIRAVAN, 'IRAN'S INTERNATIONAL POSTURE AFTER THE FALL OF BAGHDAD', *THE MIDDLE EAST JOURNAL* VOL. 58 NO. 2 SPRING 2004.
- FULLER, GRAHAM *'THE CENTRE OF THE UNIVERSE': THE GEOPOLITICS OF IRAN* LONDON: WESTVIEW, 1991.
- GANJI, BABAK 'A SHI'I ENCLAVE? IRANIAN POLICY TOWARDS IRAQ', *CONFLICT STUDIES RESEARCH CENTRE, MIDDLE EAST SERIES 06/09* CAMBERLEY (SURREY) 2006.
- GARVER, JOHN *CHINA AND IRAN. ANCIENT PARTNERSHIPS IN A POST-IMPERIAL WORLD* SEATTLE: UNIVERSITY OF WASHINGTON PRESS, 2006.
- GIELING, SASKIA *RELIGION AND WAR IN CONTEMPORARY IRAN* LONDON: I. B. TAURIS, 1999
- GHEISSARI, ALI AND NASR, VALI 'THE CONSERVATIVE CONSOLIDATION IN IRAN', *SURVIVAL* VOL. 47, NO. 2 SUMMER 2005.
- GOODARZI, JUBIN *SYRIA AND IRAN* LONDON: I. B. TAURIS, 2006.
- HALLIDAY, FRED *IRAN: DICTATORSHIP AND DEVELOPMENT* HARMONDSWORTH: PENGUIN, 1978; TRADUCCIÓN CASTELLANA DE EDUARDO L. SUÁREZ: *IRÁN: DICTADURA Y DESARROLLO* MEXICO CITY: FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 1981.
- HALLIDAY, FRED 'IRÁN Y LA CUESTIÓN NUCLEAR: POLÍTICA EXTERIOR Y CAMBIO INTERNO', *ANUARIO CIP 2005*, MADRID, CIP Y BARCELONA, ICARIA EDITORIAL 2005.
- HALLIDAY, FRED *THE MIDDLE EAST IN INTERNATIONAL RELATIONS. POWER, POLITICS AND IDEOLOGY* CAMBRIDGE: CUP, 2005.
- KEDDIE, NIKKI Y MATHEE, RUDI (EDS.) *IRAN AND THE SURROUNDING WORLD* UNIVERSITY OF WASHINGTON PRESS, 2002.
- KEDDIE, NIKKI, *MODERN IRAN: ROOTS AND RESULTS OF A REVOLUTION* NEW HAVEN: YALE UNIVERSITY PRESS, 2003.

- KHOSROKHAVAR, FARHAD 'THE NEW CONSERVATIVES TAKE A TURN', *MIDDLE EAST REPORT* NO. 233, WINTER 2004.
- MCDOWELL, ANGUS 'IRAN: THE PRICE OF SANCTIONS', *MIDDLE EAST ECONOMIC DIGEST* 13-19 APRIL 2007.
- MOIN, BAGER *KHOMEINI. LIFE OF THE AYATOLLAH* LONDON: I. B. TAURIS 1999.
- PANAH, MARYAM *THE ISLAMIC REPUBLIC AND THE WORLD* LONDON: PLUTO, 2007.
- POSCH WALTER (ED.) *IRANIAN CHALLENGES* PARIS: INSTITUTE FOR STRATEGIC STUDIES, CHAILLOT PAPER NO. 89 DICIEMBRE DEL 2005.
- RAMAZANI, RUHULLAH *REVOLUTIONARY IRAN: CHALLENGE AND RESPONSE IN THE MIDDLE EAST* BALTIMORE: THE JOHNS HOPKINS UNIVERSITY PRESS, 1988.
- RUBIN, BARRY *PAVED WITH GOOD INTENTIONS. IRAN AND THE AMERICAN EXPERIENCE* LONDON: OUP, 1980.
- SABAH, FARIAN *STORIA DELL'IRAN* MONDADORI, 2006.
- SARIGOLGHAM, MAHMOOD *THE FOREIGN POLICY OF THE ISLAMIC REPUBLIC OF IRAN: A THEORETICAL RENEWAL AND A PARADIGM FOR COALITION* TEHRAN: CENTRE FOR STRATEGIC RESEARCH, 2000.
- SICK, GARY *ALL FALL DOWN, AMERICA'S TRAGIC ENCOUNTER WITH IRAN* LONDON: I. B. TAURIS 1985.
- VV.AA. *IRÁN POR DENTRO* BARCELONA: VANGUARDIA DOSSIER. NÚMERO 24 JULIO-SEPTIEMBRE 2007